

**NOTAS SOBRE
“POPULISMO” Y LITERATURA ARGENTINA
(ALGUNOS EPISODIOS EN LA
HISTORIA DE UN DEBATE, 1960-1994)¹**

Miguel Dalmaroni

1.

En octubre de 1980, a propósito de una entrevista que mantuviera con la revista *Lecturas críticas*, Osvaldo Lamborghini decía que el enemigo de la revista *Literal*, que él publicaba junto con Germán García, había sido “el populismo”²; y agregaba:

La estética del populismo es la melancolía (...) ¿Querés que te diga la verdad? ¿Cuál es el gran enemigo? Es González Tuñón; los albañiles que se caen de los andamios, toda esa sanata, la cosa llorona, bolche, quejosa, de lamentarse (...) Esto es poesía quejosa, hacer esta especie de orgullo de padre proletario, que se levantaba a las cinco de la mañana con sus manos callosas; que traía pan crocante a la mesa... (...) No hay, te digo, una cosa personal con Castelnuovo, más bien con la ideología liberal de izquierda, esa cosa llorosa. Es decir, que los escritos tienen que valer por el sufrimiento que venden y por las causas nobles de ese sufrimiento.³

¹El primer esbozo de este trabajo está en algunas páginas de mi tesis doctoral sobre la poesía argentina de los años de 1960, que dirigió Jorge Panesi en la Universidad de La Plata. Tomó luego la forma de un proyecto de investigación en un seminario de Carlos Altamirano; Beatriz Sarlo leyó y criticó una versión posterior. Ana María Barrenechea y Elsa Ducaroff también aportaron provechosos comentarios a la versión abreviada que leí en el “II Congreso Internacional: Literatura y crítica cultural”, organizado por el Departamento de Letras de la UBA, en noviembre de 1994. El trabajo debe mucho al generoso interés crítico de todos ellos.

²No podemos detenernos aquí en un examen de la revista. Se publicó en tres entregas: 1, noviembre de 1973; 2/3, mayo de 1975; 4/5, noviembre de 1977. Para “populismo” véanse especialmente “La flexión literal”, n° 2/3, pp. 9-14 (“Que el realismo y el populismo converjan en la actualidad para formar juntos el bricolage testimonial es sólo el efecto de una desorientación que ya conoce su horizonte, es decir, sus límites y sus fracasos”, p. 14); y “La historia no es todo”, n° 4/5, pp. 9-18.

³Lamborghini, O. “El lugar del artista. Entrevista a O.L.”, *Lecturas críticas*, I, 1, Buenos Aires, diciembre 1980, p. 49.

¿Qué podría tener en común esta impugnación de Lamborghini con el Juan Carlos Portantiero que casi veinte años antes, en 1961, reivindicaba la poesía de Raúl González Tuñón como una de “las realizaciones más afortunadas de un nuevo realismo inserto en la cultura contemporánea”?⁴

En su libro *Realismo y realidad en la narrativa argentina* Portantiero había anotado, pocas páginas antes de exaltar a González Tuñón, que

... nuestra primera literatura de izquierda, fue literatura de tesis, grandilocuente, abstracta, perturbada por la retórica. Su concepción del pueblo le impedía reflejarlo a no ser dentro de los marcos de la filantropía, del “pietismo”. Era necesario describir su dolor, las llagas de la explotación. Populismo y “pietismo” están en las bases de nuestra literatura de izquierda...

Resumidos, estos lastres de nuestra primitiva literatura de izquierda pueden darnos el siguiente panorama: En lo filosófico, concepción populista de la clase obrera, filantropismo, mesianismo proletario, tendencia maniquea a no profundizar en las relaciones humanas sino a presentar arquetipos: El Obrero, injustamente castigado, sujeto de todos los dramas posibles y El Burgués, visto a través de una imagen que, a fuerza de maldad, sería invencible (...) En lo literario, esta teórica abstracta degeneraría generalmente en retórica. (...) Una literatura planífera, en fin, que niega... al realismo... (...) Muchos de los elementos del anarquismo del 900 (...) se prolongan naturalmente en Castelnuovo: sobre todo el populismo, el naturalismo, la visión piadosa de la clase trabajadora ... (...) un tono quejoso, poseído por una elocuencia liberal izquierdista...⁵

¿Cómo pensar esa coincidencia inesperada? ¿Por qué dos intelectuales tan diferentes y distantes, y que se oponen tan diametralmente en su juicio sobre el maestro y tutor de los poetas argentinos del sesenta, disponen de la misma retórica y de las mismas categorías para separar la paja del trigo?

2.

Los términos “populismo” y “populista” integran el diccionario usual de la cultura política y de las ciencias sociales, particularmente o con mayor énfasis en Latinoamérica. Ese deberá ser, en consecuencia, el marco más amplio en el que habrá de ubicarse una historia de sus usos. No es posible abarcar aquí semejante contexto, que exige un estudio de

⁴Portantiero, Juan Carlos, *Realismo y realidad en la narrativa argentina*, Buenos Aires, Lautaro, 1961, p. 119.

⁵Portantiero, J.C., ob. cit., pp. 11, 114, 115, 120.

dimensiones muy superiores a las de éste y de tipo interdisciplinario. Pero, aun sin ignorar las conexiones con ese objeto más dilatado que los contiene, creo que es posible recordar algunos episodios y registrar algunas notas críticas acerca de las numerosas ocurrencias de “populismo” y “populista” en lo que podríamos llamar la cultura literaria argentina de izquierda, por lo menos en textos fechados desde 1961. Especialmente en discursos polémicos o con alguna pretensión beligerante —poéticas, manifiestos, declaraciones, editoriales, reportajes, artículos y notas críticas, ensayos—⁶ se hablaba de “literatura populista” para referir un conjunto variado de textos y prácticas literarios a los que se atribuían algunos de estos rasgos:

2.1. Parentesco con poéticas de tipo naturalista, o con alguna de las formas del “realismo” recomendadas desde discursos provistos de alguna autoridad teórica o normativa. La versión más sofisticada y teóricamente fundada estaría en algunos momentos o por lo menos en algunos usos de la obra crítica y teórica de G. Lukács; la más preceptiva y formularia, en la doctrina oficial del “realismo socialista” soviético y en su acatamiento por parte de las políticas culturales de los partidos comunistas (para nuestro interés específico aquí, el PC argentino).

2.2. Prosecución de propósitos pedagógicos, moralizantes o propagandísticos.

2.3. Concepción aporoblemática, instrumental y expresiva del lenguaje, que apela por consiguiente a un repertorio reconocible de materiales discursivos (lo que Portantiero especifica como “retórico”).

2.4. Búsqueda de determinados efectos de lectura que podrían resumirse como *identificación emocional* o *compasiva*.

2.5. Preferencia por temas y tópicos de lo que podríamos denominar el *imaginario proletario*: el texto se presenta como “pintura” de tipos definidos por su presumible correspondencia con una clase social —o con las clases subalternas tomadas como un todo— directamente identificable fuera del texto, y por tanto, como representación de las desgracias, infortunios y tribulaciones de ese sujeto (el “pietismo” de Portantiero).

2.6. Maniqueismo moral (a veces emparentado con ideologías humanistas, religiosas, etc.) en la distribución de roles estereotipados según la distinción clasista anterior: los burgueses son irredimible y completamente malos, los proletarios o el pueblo naturalmente buenos. O también, en correlación más directa con los discursos más próximos a lo que en política se ha entendido como “populismo”, caracterización

⁶Intentamos englobar en esta enumeración clases de textos que compartan un carácter de intervención en el debate público referido a la literatura, sea que pueda ubicárselos en el “campo intelectual” o, como parece aconsejable en este caso, en un tipo de intercambio o hasta de pasaje *naturalizado* entre lo político y lo cultural-literario.

“paternalista” y “demagógica” del “pueblo” como sujeto social homogéneo, naturalmente progresivo, depositario y ejecutor de la justicia, la verdad o las conductas “correctas”, acertadas, etc..

Este último rasgo es quizás el más persistente en los sucesivos usos de “populismo” en los debates a que me refiero, y coincide en gran medida con la definición politológica más recurrente:

Pueden ser definidas como populistas aquellas fórmulas políticas por las cuales el pueblo, considerado como conjunto social homogéneo y como depositario exclusivo de valores positivos, específicos y permanentes, es fuente principal de inspiración y objeto constante de referencia.⁷

Una definición semejante puede inferirse sin dificultades del análisis histórico de la cultura argentina de los años de 1950 que propone Oscar Terán⁸. Los rasgos anteriores (2.1 a 2.5), en cambio, tienen mucho de proyección retroactiva del término sobre polémicas literarias previas al contexto de los debates que citamos.

3.

Son varios los factores que concurrieron para permitir una curiosa persistencia de este término, manteniendo a su vez sin alteraciones aparentes —a pesar de las visibles transformaciones— un núcleo semántico estable, así como la posibilidad de su aplicación a objetos y prácticas literarios, estéticos, culturales y políticos sumamente diversos y a veces opuestos.

Entre tales factores se cuentan dos que me interesa subrayar. En primer lugar, que el ingreso a la cultura literaria argentina de ciertos

⁷Incisa, Ludovico, “Populismo”, en Bobbio, Norberto y otros, *Diccionario de política*, México, Siglo XXI, 1992, 6ª edición, p. 1247. Son muy numerosas las revisiones recientes del problema que retoman los enfoques clásicos de Germani, Di Tella y Laclau y la relación populismo/peronismo; algunas pueden hallarse en: Touraine, A., *Actores sociales y sistemas políticos en América Latina*, PREALCOIT, Santiago de Chile, 1987, pp. 139 y sigs.; De Ipola, Emilio, *Investigaciones políticas*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1989, pp. 21 y sigs.; Svampa, Maristella, *El dilema argentino: civilización o barbarie*, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 1994, pp. 211 y sigs.; y Viguera, Aníbal, “Populismo’ y `neopopulismo’ en América Latina”, en *Revista Mexicana de Sociología*, LV, 3, julio-setiembre de 1993, pp. 49 a 66.

⁸Terán, Oscar, “Rasgos de la cultura argentina en la década de 1950”, en su *En busca de la ideología argentina*, Buenos Aires, Catálogos, 1986, pp. 195 y sigs.. El estudio de Terán es un precedente indispensable del presente trabajo

debates estéticos de la izquierda, específicamente el tipo de debate entre el “realismo” de Lukács y el “modernismo” vanguardista de Brecht (que se desarrolla en Europa durante la década de 1930) ingresa o encuentra condiciones para desarrollarse en el campo literario argentino poco después de iniciada la larga serie de disidencias y desprendimientos del Partido Comunista a fines de los años de 1950, disidencias y rupturas políticas que autorizan y estimulan a la vez una situación cultural propicia para la crítica y el abandono de los cánones estéticos oficiales, más o menos ligados al “realismo socialista”⁹. En la Argentina de los años 60 y 70 ese debate encuentra su paralelo menos en un incidente teórico (menos aun en una disputa preceptiva entre, por ejemplo, “lukácianos” y “brechtianos”) que en el conjunto más o menos disperso de numerosas prácticas específicas y episodios generadores de polémicas. Habría que hablar de un intermitente y a veces sordo pero sostenido debate en el campo de la cultura de izquierda entre estéticas representativistas (ligadas en mayor o menos medida al prestigio del “realismo” como una de sus tradiciones más fuertes) y estéticas de vanguardia con componentes productivistas¹⁰.

En segundo lugar (y este es un factor decisivo, que en términos históricos se corresponde con el primero), casi todos los usos de “populismo” en el debate literario establecen algún grado de contacto con el contexto que se ha denominado del “postperonismo”, que en adelante teñirá en mayor o menor medida todas las prácticas culturales. El espacio de la cultura de izquierda incorpora como variable para la identificación (aprobación o impugnación) de sus actores, el grado de distancia crítica o de proximidad que cada uno establezca con la versión argentina de lo que en política se denomina “populismo”, esto es, con el peronismo. Puede decirse que esa variable surge como reacción de ciertas fracciones de izquierda frente a algunos de los resultados que produjo la revisión del peronismo que, desde diversas zonas del debate intelectual, se inició durante el último lustro de los '50: digamos, desde el arrepentimiento revisionista de Sábato¹¹, hasta esa exitosa reemergencia del nacionalis-

⁹La polémica citada puede leerse en Brecht, Bertold, *El compromiso en literatura y arte*, Barcelona, Península, 1984 (1ª ed.: 1973); y en Lukács, G., *Significación actual del realismo crítico*, México, Era, 1963 (uno de los textos de Lukács que más circuló y se discutió en Buenos Aires durante los años 60).

¹⁰Discusiones de teorías marxistas del realismo que oscilan entre la defensa y la revisión crítica por momentos casi culposa o invadida por la prudencia, junto con reivindicaciones de las vanguardias a veces en clave brechtiana, atraviesan algunas publicaciones de la época (*Cuadernos de poesía*, *El escarabajo de oro*, *La rosa blindada*, Baires, entre otras).

¹¹Sábato, Ernesto, *El otro rostro del peronismo. Carta abierta a Mario Amadeo*, Buenos Aires, Imprenta López, 1956.

mo que J. J. Hernández Arregui protagonizó y denominó “izquierda nacional”¹², pasando incluso por algunas consideraciones casi *populistas* de Martínez Estrada¹³ (por irónica que se pretenda, la cursiva no alcanza a resolver la inevitabilidad del término).

3.1. En relación con esos dos factores pueden pensarse los usos de “populismo” en los debates de la izquierda acerca de la literatura. Tomando el de Portantiero como un caso típico, se puede distinguir por una parte el uso del término entre la disidencia intelectual que comienza a generarse con la crisis del Partido Comunista desde fines de los años 50. Se trata del contexto en que se explica, por ejemplo, una de las articulaciones (o quiebres) de la poesía de Juan Gelman. En el conjunto de sus libros previo al corte del exilio, esto es, en los que se editan entre 1955 y 1975, suelen distinguirse dos fases: la que va de *Violín y otras cuestiones* (1956) hasta *Gotán* (1962), por una parte; por otra, la que se inicia en *Cólera buey* (1962-1968) e incluye *Traducciones III. Los poemas de Sidney West* (1968-1969), *Fábulas* (1971) y *Relaciones* (1971-1973). La primera etapa está signada por una relación directa con el espacio político y cultural del PC: el grupo de poetas “El Pan duro” que Gelman anima junto a otros jóvenes comunistas y bajo la tutela de Raúl González Tuñón, quien prologa elogiosamente su primer libro de poemas; la participación de Gelman en los grupos de las revistas *Nueva Expresión* primero y *La rosa blindada* más tarde, donde se canaliza buena parte de esa disidencia cultural de algunos jóvenes, intelectuales comunistas, incluidos Portantiero y su libro sobre el realismo; y en correlación con esa inserción institucional, la presencia en su poesía de visibles elementos estéticos e ideológicos provenientes de esa tradición, identificada específicamente con la “poesía social” de los años de 1920. La segunda fase de su poesía coincide con su alejamiento definitivo del PC y, a la vez, del imperativo politizante y “conversacional” de su primera poesía a través de una serie de procedimientos de extrañificación que Gelman identifica con la categoría (brechtiana) de “distanciamiento”¹⁴.

¹²Hernández Arregui, Juan José, *Imperialismo y cultura*, Buenos Aires, Amerindia, 1957.

¹³Martínez Estrada, E., *Qué es esto. Catilinaria*, Buenos Aires, Lautaro, 1956. Para un análisis detallado de este proceso, véase el trabajo de Terán ya citado, además de su *Nuestros años sesentas*, Buenos Aires, Puntosur, 1991, pp. 97 a 128 especialmente. También Sigal Silvia, *Intelectuales y poder en la década del sesenta*, Buenos Aires, Puntosur, 1991.

¹⁴Simplifico aquí la trayectoria de Gelman en sus términos más característicos. He intentado una descripción más detallada en *Juan Gelman. Contra las fabulaciones del mundo*, Buenos Aires, Almagesto, 1993; también en “Contra las fabulaciones del mundo (sobre la poesía de Juan Gelman)” en *Actas. Primer Congreso de Estudios Latinoamericanos*, La Plata, Facultad de Humanidades-UNLP, 1994, pp. 425 y sigs..

En 1972, cuando describe ese quiebre en su trayecto de escritura, Gelman lo justifica en estos términos:

hay una corriente populista en la poesía de nuestros países, que además insiste demasiado en nombrar las cosas que se supone deben provocar emociones¹⁵.

Y en 1992, rememorando su alejamiento del grupo “El pan duro” y del PC hacia 1962, Gelman explicaba:

...se fueron cristalizando más las tendencias, las diferencias, esencialmente de tipo poético y estético, y finalmente de tipo político. (...) Sí, tenían que ver las políticas del PC, y tenía que ver el zhdanovismo (...)... desde el punto de vista estético nosotros precisamos mucho más —en el grupo *Nueva expresión*— nuestra posición al respecto del stalinismo en la cultura y todo lo que bajaba del PC. Esto no quiere decir en modo alguno que los demás fueran estalinistas.(...) El otro tema era también una visión...digamos estética... *no me gusta usar la palabra porque no me gusta lastimar, no sé cómo la vas a usar vos, me gustaría que no usaras la palabra: tal vez una visión menos populista de la poesía*. Yo no sé si es muy exacta la expresión, te ruego que busques otra porque...ahí había gente muy formidable, qué sé yo...Héctor Negro es un gran tipo...Incluso la gente que se quedó en el PC como Hugo Ditaranto es buena gente, y calificarlos a ellos de “populistas” sería injusto¹⁶.(subr.nuestro)

En el recuerdo de Gelman se hace evidente, entonces, toda la fuerza impugnatoria de una “calificación” que terminaba resolviendo en términos intensamente morales un debate estético regido por la política.

3.2. Si, por una parte, en boca de los jóvenes intelectuales del PC “populismo” ingresa al repertorio léxico de una izquierda histórica que entra en crisis, la otra zona insoslayable de los usos del término está en la producción crítica del grupo de la revista *Contorno*, y especialmente en los trabajos de David Viñas. Allí el postperonismo funciona ya no sólo en tanto horizonte o contexto implícito de las disputas (como en el caso de los disidentes comunistas), sino más directamente como foco del análisis¹⁷. Y, en líneas generales, se distribuye en dos grupos de escritores y de prácticas a las que se atribuye la calificación de “populista”: los que

¹⁵Reportaje concedido a Mario Benedetti en 1972, citado en Boccanera, Jorge, *Gelman*, Montevideo, Cuadernos de Crisis, 1988, p. 51.

¹⁶En Dalmaroni, M., “Entrevista a Juan Gelman”, Buenos Aires, 31 de agosto de 1992, inédita.

¹⁷Cito en adelante *Literatura argentina y realidad política* (Buenos Aires, CEAL, 1982; 1ª ed.: Bs.As., Jorge Alvarez, 1964) y *De Sarmiento a Cortázar* (Buenos Aires, Siglo XX, 1974). Entre uno y otro la frecuencia de “populismo” crece notoriamente.

proviene de la cultura de izquierda y los que lo hacen desde *Sur* o sus proximidades. Entre estos últimos, Viñas privilegia a quienes asumen cierta tendencia “populista” como consecuencia de la revisión del peronismo a que se entregan: “el integracionismo populista” y “el enternecido paternalismo” de Sábato en el “centro”, y hacia la izquierda y en relación con la Revolución Cubana, desde Martínez Estrada hasta el “cristianismo populista” de Marechal. Es también el contexto en que ubica a Cortázar, según tres coordenadas: *Sur*, el viaje a Europa, Cuba y la “radicalización y límites ideológicos del populismo peronista”¹⁸.

En cuanto al “populismo” de la cultura de izquierda, aparece en la crítica de Viñas como uno de los elementos que componen “el viaje de la izquierda”. Especialmente al ocuparse de la última etapa de ese itinerario, la “nacionalización de la izquierda”, Viñas distingue allí una penetración de “elementos populistas” como una de las dos “deformaciones” (junto con el “internacionalismo abstracto”) que se compaginan con las clásicas “tentaciones” de la izquierda, el “oportunismo y el sectarismo”. Pero el populismo se proyecta también hacia la etapa anterior de la izquierda, la que en el período de entreguerras “se llama Boedo”: “su desfaseamiento se vincula al *populismo que se toma por realismo, al humanitarismo que se cree revolución*” (subrayado nuestro). Como se ve, en esa construcción del viaje de la izquierda Viñas enlaza la lectura de *Contorno* con la de la disidencia comunista, al menos en un punto de cruce: precisamente, la cita no marcada del libro de Portantiero para sintetizar la tardía “inserción del marxismo en la problemática intelectual argentina”¹⁹.

En los dos casos, Viñas está escribiendo sobre sus contemporáneos; y en un tono intensamente polémico que enfatiza las valoraciones, “populismo” es casi en todas sus ocurrencias la designación de un límite ideológico definido desde el marxismo y que arrastra una inequívoca descalificación. En el polo de los valores que sirven para definir “populismo” por oposición, la sintaxis de Viñas da por supuesta una equivalencia que va de lo estético a lo político: realismo, revolución.

3.3. Estos y otros usos más o menos semejantes de “populismo” se hallan reunidos en el libro *El populismo en la Argentina*, una compilación de José Isaacson editada en 1974 que reúne trabajos de intelectuales tan diversos como Osvaldo Bayer, Bernardo Canal-Feijóo, Norberto Rodríguez Bustamante, Juan José Sebreli, Gregorio Weinberg y el propio

¹⁸Viñas, D., *De Sarmiento...*, cit., pp. 79, 103, 105, 108, 117.

¹⁹Viñas, D., *Literatura argentina y...*, cit., pp. 69, 72 y 73; reproducido con algunas modificaciones en *De Sarmiento...*, cit., pp. 190. y sigs..

Isaacson²⁰. No obstante, todos los ensayos comparten algunas características. En primer lugar, se trata no de trabajos eruditos sino más bien de intervenciones polémicas referidas siempre al debate contemporáneo, destinadas a razonar una descalificación ideológica del populismo (especialmente de sus aspectos y raíces culturales) que Isaacson subraya en el "Prólogo":

Golpeados por una realidad crecientemente populista, nos detuvimos a reflexionar el tema desde una perspectiva que, en nuestro caso, era inevitablemente argentina (...).

Llegamos así a la conclusión que el desarrollo de la cultura nacional era gravemente lesionado o interferido por el populismo, cuyas banderas aparentemente nacionalistas y liberadoras ocultan un proceso regresivo tendiente a hacer de la cultura nacional una cultura cada vez más dependiente de los países centrales, contrariamente a lo que vocean los personeros del populismo. (...) ... un aporte para el necesario esclarecimiento, o al menos para la discusión, de un problema tan enmascarado por falaces presupuestos ideológicos y por *slogans* tan atractivos como retóricos. (p. 10)

Como se ve, la irritación antipopulista parece arrastrar aquí ya no sólo a quienes se inscriben con claridad en la izquierda marxista, sino también a quienes comparten con el *clima* "nacional-populista" de los sesenta esa "adhesión a los temas nacionales" ("El populismo demora el alumbramiento de una auténtica cultura nacional", —p. 119—) y, en algunos casos, la lectura de tales cuestiones según las teorías de la "dependencia", que organizan la tesis de Isaacson en su artículo: "una cultura populista (...) es una cultura dependiente" (pp. 97). Aunque, en el otro extremo del amplio arco antipopulista que el libro reúne, Sebrelli prefiere incluir en el "populismo o tercermundismo" (p. 155) a algunos católicos que combaten la "dependencia" y predicán la "liberación" desde "las filas de cierto peronismo universitario" que retoma "el proyecto mureniano de una ontología del ser americano, sin mencionar las fuentes ahora desprestigiadas" (p. 177).

Si es innegable, por una parte, que el proyecto del libro se apoya en algunos presupuestos comunes (combatir el populismo, caracterizarlo como "paternalista", "demagógico", "burgués", referirlo explícita o implícitamente al peronismo —en ese momento de nuevo en el gobierno

²⁰Isaacson, José (comp.), *El populismo en la Argentina*, Buenos Aires, Plus Ultra. 1974, col. "Temas contemporáneos" 1. El libro incluye: "Un movimiento popular en un gobierno populista", de Bayer; "Cultura popular y populismo", de Canal-Feijóo; "Populismo y cultura dependiente" de Isaacson; "Sociología del populismo" de Rodríguez Bustamante; "Raíces ideológicas del populismo" de Sebrelli; "Populismo y educación en América Latina" de Weinberg.

argentino—), no es menos cierto por otra parte que la compilación de Isaacson atestigua la plasticidad del término en el debate político-cultural de la época: “populismo” es más o menos compañero o sinónimo de “dependencia” pero también de “liberación”, de “nacionalismos” tradicionalistas y de derecha pero también “socialistas” o de izquierda, de “tercermundismo”, de “reformismo”, de la política de las “sociedades de masas”, de “voluntarismo”, de “irracionalismo”, de “fascismo”, de xenofobia e integrismo. Sus fuentes doctrinarias pueden hallarse en Herder, Rousseau, Fichte, Schelling, Maurras, Lasalle, en las concepciones cíclicas de la historia (Spengler, Toynbee, Danilevsky, Sorokin), y en Ortega y Gasset, Haya de la Torre, Franz Fanon, Régis Debray, Lin Piao, y por alguno de sus componentes hasta en “el culto del campesino (...) de los escritores de la burguesía terrateniente”: Güiraldes, Lugones, Larreta y Eduardo Mallea (p. 170). Sebrelí es quien, en este sentido, parece llegar más lejos, al encontrar elementos del populismo hasta en los europeos importados por Victoria Ocampo y *Sur* (Keyserling, David Lawrence, Waldo Frank)²¹. Y es interesante comparar su enfoque con el que defiende Canal Feijóo en su contribución al mismo libro. Mientras Sebrelí *denuncia* las fuentes románticas del populismo entre las “viejas ideas reaccionarias del pensamiento de derecha europeo” (p. 155), Canal Feijóo no oculta cierta nostalgia por la organicidad de una “cultura popular” perdida a causa de la “sociedad masificada” que “ha devorado al pueblo” (digamos: para Sebrelí, más de un segmento del artículo de Canal Feijóo debió haber merecido la calificación de populista, o de populista reaccionario).

Desde esa acumulación, “populismo” designa en la compilación de Isaacson la ideología de movimientos políticos, políticas culturales y líderes históricos que ofrecen tanta familiaridad como diferencias: Yrigoyen y Nasser, Perón y Senghor, Vargas y Bismarck, Duvalier y Fanon, Gadafi y Gandhi. Y también, en el ensayo del compilador, el “izquierdismo”, forma del “populismo” que toca nada menos que a “uno de los intelectuales más respetados por la izquierda”, Jean Paul Sartre, cuando reclama “la disolución de los intelectuales” y el deber de “comprender el lenguaje de las masas” (pp. 105 y sigs.).

²¹Habría que separar de esta generalización el artículo de O. Bayer, cuyo propósito es “presentar como modelo del arte populista de gobernar lo ocurrido en el debate de la Cámara de Diputados de la Nación que trató la masacre de obreros en la Patagonia” en 1920 (p.19) para apoyar la tesis de que “Yrigoyen es el ejemplo más puro de un gobernante populista” (p. 17).

4.

El estatuto o la tipificación que, en el marco de usos como éstos, pueda proponerse para los términos “populismo” y “populista” es un problema. En efecto, se puede decir por una parte que, apoyándonos por ejemplo en la perspectiva de R. Koselleck²², se trataría indudablemente de un “concepto” y que lo que intento aquí es reconstruir un segmento de su historia; si consideramos, a su vez, que la palabra proviene no del discurso literario sino más bien del discurso político y politológico, es seguro que en esos ámbitos se ha intentado hacerla funcionar como un concepto (lo que, aunque en menor medida, sucede también en los estudios literarios), no sólo en el sentido de Koselleck, sino hasta en un sentido más tradicional o generalizado. Aníbal Viguera ha estudiado cómo esa plasticidad funcional del término también hace problemático su uso en la historia de los estudios acerca de los “populismos” latinoamericanos²³.

Se puede decir, entonces, que a partir de 1960 “populismo” y “populista” se usaron en ciertos debates literarios y culturales no tanto o no sólo como concepto en el sentido de instrumento descriptivo o explicativo que postula una objetivación, sino más bien (o de manera creciente, y en primera instancia) como acciones discursivas con pretensiones fuertemente performativas de tipo ideológico y ético. Calificar de “populista” a una práctica cultural o a un texto literario consistía menos en predicar ciertos rasgos de un sujeto que en actualizar un sistema de exclusiones no sólo culturales y estéticas sino también ideológicas, políticas y éticas. En este sentido, la variabilidad de los usos y de los contextos de uso de “populismo” incita a estudiarlo como un término intensamente funcional, que se carga de sentidos diversos (o que los acumula postulando también su concurrencia semántica) según se lo integre en sucesivos pares opositivos, en los cuales señala siempre la desviación o la antítesis respecto de la “línea” o la norma “correcta”: populismo/literatura auténticamente revolucionaria; populismo/verdadero realismo; populismo/vanguardia; populismo/experimentalismo; populismo/popular. “Populista” es un anatema que se carga de sentidos según la posición estética y política (o: política, luego estética) que quien lo emite sostenga como legítima, auténtica, correcta, etc. y por oposición a la misma.

²²Koselleck, Reinhart, “Historia de los conceptos e historia social”, en Ludz, Peter (comp.), *Sociología e historia social*, Buenos Aires, Sur, 1974. También reeditado en Koselleck, R., *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Barcelona, Paidós, 1993, pp. 105 y sigs..

²³Viguera, Aníbal, ob. cit.

Existiendo para “populismo” un significado (o un conjunto variable de significados asociados) predominantes o generalmente aceptados, la aplicación del término a objetos y fenómenos diversos o —como para el caso González Tuñón— para descalificar o canonizar la misma práctica, no se implica sólo ni necesariamente de la plasticidad del *concepto*. Los episodios reseñados aquí aconsejan pensar, en cambio, que “populismo” se convirtió en un arma discursiva intensamente funcional por la conjunción histórica entre esa generosidad semántica del término (con el que se explicaban el peronismo y Gandhi, Boedo y Cortázar, Hernández Arregui y Sábato, el Tercer Reich y el “tercermundismo”, fenómenos estéticos, económicos o ideológicos) y la eficacia descalificadora que fue adquiriendo en el curso de las polémicas en que intervino, *a causa de las conflictivas relaciones políticas y teóricas entre la cultura de izquierda y la intervención de las masas en la política “burguesa”*.

Claro que durante los años 60 y 70, alguien también podía usar “marxista”, digamos, como insulto. ¿Pero quién se hubiera autocalificado de “populista”, aun entre los “nacional-populistas” o en la “izquierda nacional”? En este sentido, se puede pensar “populismo” como uno de los más exitosos *ismos* descalificadores de entre un grupo de términos que alcanzaron a funcionar de modo semejante en ese mismo contexto, como, por ejemplo, “extranjerizante”, “izquierdismo”, “basismo”, “reformismo”, etc.

Ese alto grado de funcionalidad que atribuimos al término con el propósito de dar cuenta de algunos de sus usos durante un período de la historia cultural, no implica ignorar, como ya señalamos, que aún en esa diversidad de sentidos pueda reconocerse la constancia de un núcleo semántico: tras el efecto de la enunciación —proferir “populista” es descalificar *antes que* predicar—, en un segundo plano parece predominar, o aparecer más frecuentemente, el más estable de los indicios fluctuantes de significado que el término reúne (cf. 2.6.), que es precisamente el que arrastra desde su uso político²⁴.

4.1. Así, parece quedar resuelta a partir de estas consideraciones la cuestión de si estos usos del término se debieron a una transferencia de lo

²⁴Por otra parte, este análisis no implica ignorar que en el horizonte de lecturas de quienes utilizan así el término pudieran jugar un papel decisivo o en nada marginal algunas teorías del populismo. Por más que, elaboradas o incorporadas con posterioridad a su origen polémico, las teorías gramscianas de lo nacional-popular y del populismo no anulen la fuerza pragmática característica de estos términos, en buena medida tales teorías organizan su uso y lo legitiman, por ejemplo, en el libro de Portantiero. Es interesante observar al respecto (Horacio González me recordó la importancia del dato) que *Realismo y realidad en la narrativa argentina* es uno de los primeros trabajos críticos gramscianos escritos en la Argentina (si no el primero).

político hacia lo estético o a una apropiación de lo político por parte de lo estético. Por una parte, podría suponerse que una fase de las prácticas literarias encontró en el discurso político un “concepto” adecuado para integrar su propia problemática a los términos en que discurría el debate político, que como señala Oscar Terán fue entre los 60 y los 70 la zona dadora de sentido respecto del resto de las prácticas sociales²⁵. Digamos: estéticamente agotados los modelos y poéticas más o menos convencionales e históricos de las izquierdas —la canción triunfal, las marchas, la narración naturalista, el “realismo social”— el uso de una impugnación tan fuerte en el terreno político-ideológico resuelve un problema básicamente estético; luego, por ejemplo, la preferencia estética por la poesía de vanguardia o por el teatro experimental puede ser defendida como un ejercicio de la literatura revolucionario o a salvo del vicio ideológico de los tiempos. O la descalificación hacia Elías Castelnuovo y la narrativa de Boedo por “populistas” resuelve en términos políticos una cuestión estética, que, en rigor, venía debatiéndose en términos similares aunque mediante otras nomenclaturas ya desde los años de 1920 y 1930; en este sentido, es interesante observar cómo tanto Portantiero como Osvaldo Lamborghini proyectan una calificación política elaborada al calor de las relecturas del peronismo no sobre algún “populismo” en el sentido político más o menos común del término, sino sobre lo que denominan “ideología liberal de izquierda” o “izquierdista” (y entonces resuena claramente en los dos una descalificación que se dirige directamente contra las políticas culturales del Partido Comunista Argentino; aunque Lamborghini, en una operación de ida y vuelta más compleja, atribuye a su vez esa “ideología” a la juventud universitaria²⁶). Sin descartar alguna utilidad casuística de ese primer enfoque, parece preferible, en principio, una hipótesis más bien inversa: la política, que se ha erigido, si no en rectora, por lo menos en proveedora de sentido del resto de las prácticas, transfiere sus normas de exclusión y su repertorio discursivo también a la discusión sobre literatura. Si se revisa la historia del uso del término en la cultura de izquierda en general, parece evidente que el problema se resuelve principalmente por una transferencia como esa, sobre todo porque se trata de un contexto histórico en que semejantes pasajes están *naturalizados*: algunos usos de “populismo” en el campo cultural argentino confirmarían ese hábito

²⁵Terán, O., *Nuestros años sesenta*, cit., p. 15.

²⁶“Eva Perón es popular, los chicos de clase media de Filosofía y Letras son populistas” (en Lamborghini, O., cit., p. 49); digamos de paso que en el clima de debates que intentamos reconstruir aquí la elección de Eva Perón para justificar el enfrentamiento de los términos bien podría haber sido calificada, a su vez, de “populista”.

histórico propio de la cultura de izquierda, cual es referir una práctica específica a una totalidad que se define en términos políticos (o sociopolíticos, o sociológicos); parece evidente también que en los años de 1960 y 1970 ese hábito se generaliza hasta adquirir un carácter casi normativo. Además, ese itinerario de lo político a lo estético resulta confirmado si se reconoce que en la Argentina el alza del uso y del carácter impugnatorio del término se debe a la relación de los intelectuales no con un problema inicial ni exclusivamente estético, sino con el peronismo derrocado y proscripto (y con toda una serie de procesos y acontecimientos que se registran durante ese período: el frondizismo, las repercusiones de la Revolución Cubana, entre los más prominentes). Para que esta *evidencia* no resulte esquemática o mecánica, conviene agregar tres consideraciones: en primer lugar, intentamos aquí resolver el asunto en términos históricos y no en nombre de un principio teórico acerca de la determinación causal de un “campo” sobre el otro²⁷. En segundo término, no conviene descartar que esa remisión obligada de lo estético a lo político, aun en sus momentos de mayor prestigio, siempre puede entrar en conflicto con la no menos discutida especificidad de lo estético. En tercer lugar, por lo menos a partir de la apropiación que se hace del término en debates históricos específicos, podrían verificarse juegos asimétricos de transferencias y desplazamientos de doble o múltiple dirección.

²⁷Pero tampoco desde un presupuesto teórico acerca del estatuto autónomo de un campo como su rasgo trascendental. En este sentido, el concepto de “campo intelectual” sigue siendo útil mientras no se le rinda una fidelidad que conduzca a decisiones interpretativas innecesariamente enfáticas. Además, hay que advertir que el concepto de “campo intelectual” de P. Bourdieu, toda vez que ha sido elaborado inequívocamente a la luz del funcionamiento no de todos o cualesquiera tipos de intelectuales, sino principalmente de los “literatos” y los artistas (franceses), tiene una utilidad restringida, restricción que la propia fórmula generalizante de Bourdieu (“campo *intelectual*”) desdibuja u oculta. Tal distinción conduce a pensar el conjunto de las prácticas “intelectuales” como un espacio múltiple, fracturado o heterogéneo donde el estatuto de autonomía del arte moderno no está distribuido de manera uniforme ni para toda práctica “intelectual” (suponer que Borges y Mariátegui, o que Bioy y Aníbal Ponce, o que Raúl González Tuñón y Victoria Ocampo, o que Francisco Urondo y Roberto Juárez forman parte del mismo “campo” es, por lo menos, discutible). Finalmente, cuando se habla de la relación de los intelectuales de izquierda con el poder en la Argentina de los años sesenta no parece justificado excluir del objeto la experiencia acumulada por los intelectuales tras las intervenciones estatales o partidarias sobre la cultura no sólo argentina —a veces planificadas e inequívocamente directas—: por una parte, desde la Revolución Rusa hasta la Cubana, pasando por el rol de los escritores durante la Guerra Civil Española; por otra parte, los diversos regímenes fascistas.

4.2. Un ejemplo de la última consideración puede hallarse en la revista *Los libros*. Se ha dicho que en la historia de esta publicación pueden distinguirse dos etapas, separadas por el cambio de epígrafe que acompañaba su nombre entre los números 21 de agosto de 1971 y 22, del mes siguiente: de “un mes de publicaciones en América Latina”, a “Para una crítica política de la cultura”²⁸. Es decir, un desplazamiento desde la especificidad de la crítica literaria ligada a los avatares de la industria del libro, hacia una franca politización de la temática de la revista: “se trata ahora de leer con lucidez (...) también esos otros textos que constituyen los hechos históricos sociales”²⁹. En esa misma entrega, entre los “Puntos de partida para una discusión” sobre el caso Padilla, varios colaboradores de la revista atacan dos modelos extremos para entender la relación entre intelectuales y “producción”: uno es el que separa los dos términos, y atribuye al “saber” una “función social de negación”; el otro es

...el modelo populista, que está, del revés, inscripto en la misma problemática ideológica. Cuando Gabriel García Márquez avala sus razones con las respuestas de los taxistas, poseedores del sentido común, o cuando Rodolfo Walsh desplaza la discusión y esquiva la especificidad del tema recurriendo a consignas políticas de seguro impacto emocional, señalan su desconfianza en la problemática misma. (...) se niega la teoría a través de una demagógica defensa del sentido común (realizada, por lo demás, como intelectuales), y de las falsas evidencias:... (p. 4).

De allí en más, “populismo” es para *Los libros* una de las desviaciones que deben evitarse si se pretende dilucidar “qué significa la lucha de clases en este particular sistema que llamamos literatura”: “simplismo populista”, “empirismo populista”, populismo estigmatizado como “moda entre los intelectuales”, etc.³⁰

En el número 22 de *Los libros*, de septiembre de 1971, justamente en el inicio de esa segunda fase que suele señalarse en la revista, puede leerse una de esas estrategias de apropiación de “populismo” que ejerce la crítica literaria durante esos años. En un “documento” que ocupa la mitad de la entrega con textos acerca de los procesos políticos de Bolivia y Perú, la revista reproduce un artículo de José Carlos Mariátegui, “el primer marxista del continente”, titulado “Populismo literario y estabilización capitalista”. Mariátegui la emprende allí contra los escritores

²⁸Para una consideración más pormenorizada de la historia de *Los libros*: Panesi, Jorge, “La crítica argentina y el discurso de la dependencia”, en *Filología*, XX, 1, 1985.

²⁹“En este número”, sin firma, *Los libros*, año 3, n° 21, agosto de 1971, p. 3.

³⁰*Los libros*, III, 25, marzo 1972, pp. 3 y 25; IV, 28, setiembre 1972, pp. 5 y 7.

“populistas” franceses de los años de 1930³¹, y según el copete con que lo presenta la revista, “su interés actual no reside en el episodio y en los nombres más o menos circunstanciales que le dieron origen sino en el lúcido juicio que contiene sobre el significado social y político de ciertas variantes ‘populares’ de la literatura”. Y en efecto, algunos de los recursos discursivos de Mariátegui parecen citas del debate argentino de la época acerca de la literatura “populista”:

El *populismo*, en tanto, no es sino la más especiosa maniobra por reconciliar las letras burguesas con una cuantiosa clientela de *pequeñas gentes*, (...) La demagogia es el peor enemigo de la revolución, lo mismo en la política que en la literatura. El *populismo* es esencialmente demagógico. (...) No es a causa de un honesto retorno a la objetividad y al realismo que surge el *populismo*. (...) El populismo se caracteriza íntegramente como un retorno a uno de los más viejos procedimientos de la literatura burguesa. (...) Pequeño-burguesa, pero con los más despreciables estigmas de degeneración y utilitarismo, es toda especulación *populista* en la literatura y en la política contemporáneas³².

Instalado en una polémica que el posperonismo le deparó al campo de la cultura e inmerso ya en el clima social del “retorno” de Perón, el gesto de *Los libros* se vuelve sobre esa *doxa antipopulista* para documentarla con un texto que permite reapropiársela al releerla y jerarquizarla teóricamente mediante tres atribuciones: se trata de un problema literario, es decir, que la historia de la literatura registra por lo menos desde los años '30; se trata, también desde entonces, de un problema tan literario como político; y que ha sido definido de esa manera por un intelectual estrechamente ligado a la cultura literaria, y cuyo anti-populismo no puede ser siquiera sospechado de anti-popular, de elitista ni de *extranjerizante*: es marxista y latinoamericano (y también: intelectual y revolucionario³³).

³¹Se trata del movimiento protagonizado principalmente por André Thérive y L. Lemonnier. Algunas consideraciones sobre el mismo pueden hallarse en Bourdieu, Pierre, “Los usos del ‘pueblo’”, en *Cosas dichas*, Buenos Aires, Gedisa, 1988, p. 153; en Grignon, Claude y Passeron, Jean Claude, *Lo culto y lo popular. Miserabilismo y populismo en sociología y literatura*, Buenos Aires, Nuevas Vision, 1991, p. 71; y en Gramsci, Antonio, “Las tendencias populistas” en su *Literatura y vida nacional (Cuadernos de la cárcel 4)*, México, Juan Pablos Ed., 1986, pp. 152-153.

³²*Los libros*, III, 22, septiembre de 1971, pp. 20-21.

³³El copete del artículo se encarga de subrayar que además de ser el primero que en el continente hizo del marxismo “el medio para el examen de la historia, la economía y la cultura de un país latinoamericano”, Mariátegui vinculó esa empresa intelectual a “un proyecto político: la revolución socialista en el Perú”. La aclaración funciona implícitamente como prevención de ese reproche “anti-intelectualista” que suele incluirse entre los componentes del populismo, de la “izquierda nacional” y hasta de las izquierdas de los 60-70 en general.

5.

Decir que la calificación de “populista” a una práctica literaria ha sido más un gesto de provocación beligerante que una herramienta explicativa o descriptiva implica, por una parte, establecer el grado de persistencia, repliegue o desaparición de ese carácter performativo cuando la calificación aparece en medio de textos críticos menos directamente comprometidos con polémicas muy situadas; en otros términos, cuando se lo usa con manifiestos propósitos descriptivos, y en circuitos discursivos que reducen la proximidad entre los interlocutores. Por otra parte, implica interrogarse acerca de la pertinencia del uso de “populismo” como conceptualización apropiada y heurísticamente productiva ya no para los sujetos participantes de los debates históricos que se reconstruyen, sino para quien los reconsidera desde una perspectiva crítica y con posterioridad. Por eso, preguntar por la pertinencia o la productividad actuales del término implica preguntar si las disputas culturales que tienen como protagonista discursivo al “populismo” están efectivamente sobreesdidas, o si por el contrario siguen operando en algún nivel de los debates literarios y culturales contemporáneos.

Tales interrogaciones, que pueden dirigirse por ejemplo a los tonos con que en 1986 Oscar Terán analizaba “la carrera expansionista de los temas populistas”³⁴, parecen útiles también para examinar ciertos itinerarios de “populismo” que, más recientes, reconocerían alguno de sus principales precedentes en *Literal* y en *Los libros* (publicaciones que, disímiles en muchos de sus lineamientos, comparten la convicción antipopulista).³⁵

5.1. Respecto de la corriente de crítica que se inicia en *Los libros*, una revisión de los usos de “populismo” en la cultura literaria de izquierda no puede evitar (por más que, como ésta, no se pretenda exhaus-

³⁴Terán, O., ob. cit., especialmente a partir de la p. 222.

³⁵A su relación con *Literal* pueden remitirse, más o menos remotamente, algunas ocurrencias de “populismo” en trabajos de Josefina Lúder, cuya consideración excedería los límites de estas notas: sobre todo en la “Introducción” a su *Onetti. Los procesos de construcción del relato*, Buenos Aires, Sudamericana, 1977; también, “Los escándalos de Juan Moreira” en *Las culturas de fin de siglo en América Latina*, Buenos Aires, B. Viterbo, 1994, pp. 102-112); de modo más directo, como anoto más abajo, algunas preocupaciones de la revista *Babel*. La herencia de *Los libros*, como se sabe, pasa directamente a la revista *Punto de vista*, donde “populismo” puede leerse en la constante preocupación por los problemas de la cultura popular y en la revisión de los itinerarios de la izquierda y de las ideas políticas en la Argentina (además de las consideraciones sobre los ensayos de B. Sarlo que propongo aquí, véase especialmente el n° 18, agosto de 1983; también las tres entregas siguientes -números 19, 20 y 21-).

tiva ni completa), el sostenido trabajo crítico de Beatriz Sarlo. Sobre todo porque “populismo” parece formar parte de su diccionario más recurrente; y además porque en distintos puntos de la trayectoria de sus ensayos el término se usa alternativa o simultáneamente como concepto y como impugnación.

Lejos, en principio, de las coordenadas que entre los 60 y los 70 ligaban “populismo” y estéticas anacrónicas, y enfrentaban a su vez esa dupla al parentesco entre ausencia de populismo y vanguardia, Sarlo ha identificado la originalidad del proyecto estético de la vanguardia literaria martinfierrista, focalizado en Borges, como una combinación de “construcción formal” y “populismo urbano de vanguardia”³⁶. En la fórmula y en su desarrollo argumentativo, el uso del término como descalificación parece del todo ausente. No obstante, el ensayo que citamos se cierra con una proyección de esa lectura sobre “la cultura argentina del siglo XX”, y entonces alude implícitamente a debates bien próximos, en cuyos códigos “populismo” acarrea con seguridad connotaciones contenciosas:

La tensión populismo/modernismo o nacionalismo/cosmopolitismo informa acerca de un hecho significativo, casi una constante de la cultura argentina del siglo XX. Precisamente sobre estos ejes se fueron produciendo los grandes debates culturales que convirtieron al campo intelectual en escenas de disputas ideológicas e institucionales. (p. 171).

Poco después, en la “Introducción” a su estudio sobre la novela de folletín, Sarlo narra los intereses que dieron lugar al libro, en estos términos:

Acostumbrada a organizar la literatura desde las rupturas, desde el cambio (esto es: desde la modernización y las vanguardias), me interesé en el problema de cómo leer una literatura que se remite toda al pasado: por la elección de su sistema narrativo, por su discurso, por sus temas; y cómo lograr abordarla sin suficiencia elitista ni sumergiéndola en una exaltación acrítica, que llega a legitimar su existencia por el círculo epistemológico del populismo cultural: si la gente las leía, habría que demostrar que tenían algo de bueno.³⁷

“Populismo” no es aquí una impugnación que deje implícitas sus razones como tal: todo el párrafo se organiza para advertir que se ha evitado un análisis regido, precisamente, por alguna de esas dos valoraciones previas (mala/“buena” literatura). Pero tampoco se trata

³⁶En Sarlo, B., “Vanguardia y criollismo: la aventura de *Martín Fierro*”, en Altamirano, Carlos y Sarlo, B., *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*, Buenos Aires CEAL, 1983, pp. 168-171.

³⁷Sarlo, Beatriz, *El imperio de los sentimientos. Narraciones de circulación periódica en la Argentina (1917-1927)*, Buenos Aires, Catálogos, 1985, p. 10.

de la mera designación de un referente conocido según los mismos términos discursivos que se reproducen. La estrategia de Sarlo consiste en recordar la inaceptabilidad epistemológica (inaceptable por “circular”) de un procedimiento que, según la definición politológica más aceptada o difundida del “populismo” (digamos, doctrina según la cual el pueblo es uno y bueno), aparece como el principio metódico propio de una teoría cultural populista. Dicho en otros términos, Sarlo descarta una operación de lectura porque es “acrítica”, y que lo es no porque provenga del “populismo cultural”, sino porque la legitimidad epistemológica con que éste la provee no es tal, en tanto viciada de circularidad; una circularidad, además, cuyo punto de eterno retorno es un prejuicio moral. Es obvio (sobre todo en la irónica frase que cierra el párrafo) que tras la argumentación puede inferirse una concepción del populismo como ideología (en el sentido clásico, negativo del término); tal vez menos obvia pero no menos razonable parezca la hipótesis según la cual, como horizonte no demasiado distante del costado impugnatorio que la argumentación de Sarlo no rehuye, opera la historia de “populismo” en las polémicas políticas y literarias de las décadas anteriores.

La hipótesis precedente parece aun más plausible si se tiene en cuenta que en 1984, más o menos entre la redacción y la edición de *El imperio de los sentimientos*³⁸, Sarlo revisó un tramo de la historia intelectual de la izquierda argentina, en un artículo categórico como su título: “La izquierda cultural, del dogmatismo al populismo”³⁹. Años después, en un libro de tono polémico, tanto o más distante del registro de la investigación universitaria que sus intervenciones desde *Punto de vista*, Sarlo inventó los “neopopulistas de mercado” para identificar una actitud acrítica y celebratoria hacia las videoculturas y hacia la creciente mercantilización de los bienes simbólicos en la Argentina de fin de siglo⁴⁰. En esa invención reaparece sin ambigüedades el propósito de retomar toda la fuerza de impugnación que la historia de “populista” acarrea.

5.2. Aunque no pueda ubicárselo en el espacio de la cultura de izquierda, el antipopulismo de *Babel. Revista de libros* merece por lo menos ser mencionado, por el solo hecho de que es a todas luces una herencia directa que la publicación recibe de *Literal*⁴¹ y de O.

³⁸Al final de la “Introducción” Sarlo anota que trabajó en *El imperio...* entre 1982 y 1983; la edición está fechada en marzo de 1985.

³⁹En *Punto de Vista*, VII, 20, mayo de 1984, pp. 22 y sigs.

⁴⁰Sarlo, B., *Escenas de la vida posmoderna. Intelectuales, arte y videocultura en la Argentina de fin de siglo*, Buenos Aires, Ariel, 1993.

⁴¹No es “populismo” el único patrimonio que *Babel* tomará de *Literal*. Para un análisis más detallado, véase el artículo de Verónica Delgado, “Babel en los 80: una relectura”, en *Orbis Tertius*, I, 2, La Plata, segundo semestre 1996, en prensa.

Lamborghini. La presencia más o menos sorda de “populismo” en un sentido beligerante puede seguirse casi a lo largo de toda la revista, pero alcanza su episodio más frontal en la reseña que C. E. Feiling dedica a la novela de Osvando Soriano, *Una sombra ya pronto serás*⁴². En la poética de Babel, esa impugnación queda asociada a un conjunto vasto de operaciones destinadas a releer las estéticas “comprometidas”, realistas o testimoniales de los años setenta, reduciéndolas a su mandato ético y politizante con el propósito de inventarse así un *otro* que se usa para definirse por diferencia.

* * *

Estos episodios no alcanzan para probar una hipótesis que, no obstante, alientan a formular: en el espacio de lo que todavía puede distinguirse como la izquierda (cultural) argentina, los usos más bien performativos de “populismo” y “populista” seguirían organizando disputas. Y lo harían en grados diversos que se distribuyen entre dos extremos: por una parte (creo que la conjetura resultará más que aceptable para quienes estén familiarizados con el diccionario actual de ese espacio) como tópico de una especie de sentido común político, un clisé discursivo que sigue cargando con cierto prestigio ideológico y que se activa como recurso verbal disponible en determinados contextos, cuando se problematizan valores atribuidos o negados a las prácticas políticas y también a la literatura y a las intervenciones culturales (si se quiere, cuanto más se tense y se crispe esa problematización). Por otra parte, en investigaciones y estudios revestidos de las distancias que respecto de los calores de la polémica establecen el registro universitario y la argumentación dilatada y rigurosa, donde sin embargo ese *sentido común anti-populista* tampoco deja de ser connotado, con diversas intensidades y a veces por encima de las intenciones.

⁴²*Babel*, IV, n° 22, marzo de 1991, p. 7: “En un contexto internacional poco propicio, resulta grave que la enfermedad del populismo haya llevado a la izquierda a una sala de terapia intensiva. Para el frívolo, el pedante o el cínico, sin embargo, más graves resultan los efectos culturales del populismo. Las secuelas de la enfermedad, por así decirlo. Ciertas producciones artísticas parecen mostrar que el daño neurológico es irreversible, sobre todo cuando al esfuerzo de captar un público —esfuerzo loable, pero que debiera estar supeditado a otros— se lo reemplaza por estrategias dignas de *Cómo ganar amigos*. Sobre todo cuando se cae en el equivalente cultural de la política menemista”.